

El espesor del presente

Uno de los conceptos que hace tiempo uso para comprender y medir la magnitud de una sociedad, tal vez un país entero, es el *espesor del presente*. Quiero decir que el presente no es instantáneo; ni siquiera el de la vida individual, tensa entre el pasado y el futuro, es un instante inextenso, sino un *momento*, es decir, un entorno temporal con cierta duración.

**JULIÁN
MARIAS**

Si se trata de la vida colectiva, y de la individual en la medida en que está inserta en ella, hay una duración considerable, variable según las circunstancias, que tiene *actualidad*, que no es algo exclusivamente pasado. Este presente dilatado, en el cual *se vive*, tiene un espesor que difiere de una época a otra, entre diversos países, incluso en los diferentes estratos de una misma sociedad, y por supuesto según las varias dimensiones de la vida.

En la España actual, que es lo que aquí interesa, nos encontramos con una pluralidad de “espesores” que vale la pena analizar brevemente. Ante todo, la lengua. A diferencias de otras europeas, la española maduró muy pronto y alcanzó una sorprendente estabilidad. Un español —o hispanohablante en general— de cierta cultura puede entender *toda* la literatura española desde el *Poema del Cid*, que apenas presenta dificul-

tades fácilmente superables. Estas son menores en el Arcipreste de Hita o Don Juan Manuel, Las *Coplas* de Jorge Manrique, que tienen más de quinientos años, son español plenamente actual, y se pueden leer con la misma facilidad con que se lee el periódico, o acaso menos.

Es decir, la instalación en la lengua española muestra un espesor increíble, y por tanto establece la *posibilidad* de extensión del presente literario, que no es lo mismo, porque este depende de que se lean o no los textos, y cómo.

Aquí intervienen las diferencias sociales, de edad, educación, aficiones. Es evidente que los llamados "clásicos" son leídos solamente por minorías cultas y con una formación profesional o una afición que las lleve a ello, y no se puede generalizar. Pero, aún con esta restricción debida, son en general "presentes", objetos de *lectura* y no solo de estudio, no solamente los vivientes, sino los autores muertos hace ya muchos años: desde luego los de la generación del 98, e incluso algunos más antiguos, como Clarín, Galdós y, en círculos menores, Valera o Zorrilla.

Si esto se une a la longevidad de nuestro tiempo, los españoles que viven en 1996 pueden haber conocido directamente a ocho generaciones de contemporáneos, lo que dilata lo que podríamos llamar el presente de la convivencia, que resulta familiar y efectivo, sin el carácter pretérito de lo histórico.

Aquí las cosas cambian, porque se trata del conocimiento, de la *posesión* de la historia, que es variable según las épocas y puede intensificarse o disminuir. Cuando conocí los Estados Unidos en 1951 encontré que, aunque el pasado del país era mucho más breve que el de las naciones europeas, su conocimiento era proporcionalmente muy superior, y el pasado "vivido" por los americanos no era inferior al de los europeos. Tengo la impresión de que por diversos motivos —crisis política, guerra de Vietnam, el llamado "revisionismo" histórico—, la instalación en la historia del americano medio es inferior.

En España, el conocimiento de la historia es muy deficiente, y en la actualidad está perturbado por una considerable dosis de *error*, que se añade a la ignorancia y es más peligroso que ella. Hay un número considerable de historiadores competentes — a los que hay que añadir algunos extranjeros de gran valor—.

En los últimos decenios la investigación de épocas menos conocidas —la Edad Media, el siglo XVIII— ha avanzado de modo extraordinario; por tanto, el conocimiento de nuestra historia es *posible*, real en las minorías que lo intentan; pero la gran mayoría de los españoles recibe una enseñanza histórica inadecuada y deficiente.

Añádase a esto la tendencia a la desfiguración y falseamiento: en primer lugar, por la politización que llevó a la guerra civil y se mantuvo después de ella; después, a la vez que esta perturbación iba remitiendo, los nacionalismos internos han llevado a la ocultación u omisión de la historia de España y a la invención de ficticias historias, inexistentes, de algunas de sus partes.

Esta situación pone en grave riesgo la densidad y veracidad del presente *histórico*, y es una de las mayores causas de empobrecimiento de la realidad de los españoles.

Esto puede provocar, está provocando, una situación de *desarraigo* en amplias zonas de la sociedad española, que se va a intensificar en las generaciones más jóvenes y sobre todo en las futuras, si no se cae pronto en la cuenta de ello y se le pone remedio. Es grande, y creciente, el número de españoles que no saben de dónde vienen, y por tanto dónde están, y a última hora quiénes son. Uno de los factores más perniciosos, consecuencia de las hostilidades políticas, ha sido la tendencia a la *descalificación del tiempo*. Con pretexto de la oposición a tendencias o doctrinas, se ha llegado al rechazo de épocas enteras, que han constituido la realidad de nuestra vida, se las ha pintado grotescamente, sin advertir que en ella han vivido todos los españoles y han consistido o consisten en ello. Se ha intentado, con pretextos políticos aliados a la ignorancia, una suicida *calumnia de España*, que refluye inevitablemente sobre nuestra propia realidad y la posibilidad de nuestra estimación.

Una consecuencia inesperada de esto, y del mayor alcance, es que se está engendrando una situación de *desigualdad* entre españoles. Por una parte, a causa de su educación: entre los que conocen aceptablemente la historia y los que la ignoran media un abismo, que afecta a su personalidad, no solo a su cultura.

Por otra parte, esa desigualdad tiene como causa su distribución geográfica. La pérdida del conocimiento de la historia y

sobre todo de su veracidad no es homogénea. En algunas porciones se conserva el torso del contenido real del pasado; en otras está sustituido por una ficción que, como todo lo falso, es incoherente y en definitiva insostenible.

Me preocupa la visión del mundo, y con ello la instalación en la vida, que puede ser la situación de muchos españoles. Basta con lanzar una mirada a lo que ocurre en otros países, por ejemplo en lo que fue Yugoslavia, en grado más intenso, simplemente aterrador, en varios países africanos, para ver cuáles pueden ser las consecuencias de cuestiones que parecen ser de contenido meramente "intelectual".

* * *

Este somero análisis nos lleva a descubrir que el *espesor del presente* presenta en España una sorprendente complejidad. El espesor "real", quiero decir el que la realidad efectiva, independiente de las voluntades, permite, es considerable y probablemente superior al de la mayoría de los países comparables, europeos o americanos. Pero es evidente una frecuente perturbación de la *posesión* de esos elementos, en gran parte voluntaria; y al decir esto no quiero decir que se deba a las voluntades de las grandes mayorías de españoles, sino a las de algunos individuos o grupos, con capacidad de manipulación de los demás. El empobrecimiento o adelgazamiento del espesor es primariamente inducido, y rara vez resistido.

A España le pertenece una extraordinaria *profundidad*, que es la medida más adecuada y significativa de su realidad. La tentación a que están sometidos los españoles es la de verse como un país "superficial", y considerar de acuerdo con ello lo que cada uno de ellos es.

Pero el atributo más propio, irrenunciable, de la condición humana es la libertad. Los españoles podemos elegir, decidir qué vamos a ser, cómo vamos a vivir: en la riqueza efectiva en que consistimos o en la indigencia a que nos reduce la renuncia a lo que somos.